

nada de la Galicia. Despues, por cédula de su Magestad, de Abril 18 de 539, fué nombrado juez de residencia de dicho Lic. Torre, dicho Coronado, y se aprobó la nominacion de gobernador interino, hecha por el virey, con la asignacion de mil ducados; y que desde el dia de la data de aquella cédula se entendiesen un mil y quinientos de las rentas y aprovechamientos que el reino diese; pero con calidad de que si dicho reino se mantuviese tan pobre, que no produjese para la paga, no quedaba el rey obligado á ella. Presentó sus despachos en la villa, siendo alcaldes ordinarios Diego de Proañio y Toribio Bolaños, y regidores Juan del Camino, Miguel de Ibarra, Francisco de la Mota, Fernando Flores y Pedro Placencia.

7. Gobernaba á gusto de todos Francisco Vazquez Coronado, y procedió á señalar egidos á la villa de Guadalajara, la que ya por el año de 540 se intitulaba ciudad, por merced que le habia hecho el emperador D. Carlos V, y la habia ennoblecido con remitirle escudo de armas, como despues verémos; y no expreso los egidos que señaló dicho gobernador á dicha ciudad el dia 8 de Enero del año de 540, porque este fué el último año que la ciudad estuvo fundada en el Valle de Tacotlan, y por eso no hay para qué nos detengamos en describirla; pero porque se vea el cuidado que nuestro invicto monarca tenia aun de las cosas mas menudas, que conducian á la bien fundada poblacion del reino, no quiero omitir el que el dia 9 de Enero del mismo año de 40 mandó el gobernador se pregonase en la ciudad una real cédula, en la que su Magestad mandaba (en Diciembre 20 de 1538), que atento á estar informado que las poblaciones que habian hecho los conquistadores de las Indias y tierra firme del mar Océano no tenian estabilidad y firmeza, por haber hecho las casas pajizas y de madera, de que se seguian incendios y que-

mazones, ordenaba que en lo de adelante ningun conquistador ni poblador, no hiciese casas que no fuesen de piedra, ladrillos ó adobe, y las fabricasen á manera de las de España, para que así tuviesen perpetuidad y se ilustrasen los lugares.

8. Ya por este tiempo se comenzó á alterar la tierra, con una conspiracion de alzamiento que duró casi tres años su pacificacion; y se vieron tan apurados, especialmente los vecinos de Guadalajara, que les obligó á escribir al gobernador, que se hallaba en Compostela, pidiéndole pusiese remedio, y que pues se hallaba con soldados para pasar á nueva jornada, remitiese algunos que les ayudasen á sujetar á los pueblos que tenian encomendados, porque estos, incitados por los bárbaros de las sierras, negaban la obediencia; y que seria conveniente que los que estaban rebelados se hiciesen esclavos, para que sirviesen en las haciendas y no anduviesen ociosos, convocando á los pueblos pacíficos, y aconsejándoles matasen á los religiosos y á todos los españoles, y á cuantos ganados tuviesen, como ya lo practicaban en algunos pueblos comarcanos á la ciudad de Guadalajara, sin que bastasen requerimientos que se les hacian, ántes se avilantaban mas; y como eran pocos los vecinos, no podian atender á un tiempo á la fábrica de sus casas, al cultivo de la tierra, y á estar de noche y de dia con las armas en la mano; de suerte que, solo por hacer servicio á Dios y á su Magestad, podian mantenerse en tierra tan pobre y de tantos riesgos, y porque ya habian comenzado, era punto de honra el conservarla. Recibió la carta el gobernador, y como tenia entre manos nueva jornada de orden del virey D. Antonio de Mendoza, le remitió la carta para que providenciase, especialmente sobre los dos puntos de la esclavitud de los rebeldes, y del socorro que se pedia de gente.

CAPITULO XXII.

Nombra el virey D. José Antonio Mendoza por general, para la jornada de Tzibola, á Francisco Vazquez Coronado, quien llega á las siete ciudades, en donde inverna el año de 540; refiérense sus acaecimientos y da cuenta al virey.

1. Ya queda insinuado, como Dorantes, Cabeza de Vaca, Maldonado y el negro Estéban, habian salido de la Florida por Sinaloa, y pasado á México; estos dieron noticia al virey de que á los indios por donde pasaron oyeron decir, que á mano derecha habia una provincia muy grande, que llamaban Tzibola, la cual engrandecian y ensalzaban mucho, diciendo tener siete ciudades cercadas y las casas muy altas, de seis á siete suelos; que sus portadas eran adornadas de piedras de valor: tambien el P. Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, habia remitido religiosos á descubrir desde Xalisco aquellas tierras, y volvieron dando razon de ellas. Estos religiosos fueron por la costa del mar del Sur, y dieron la vuelta hácia el Norte; y habiéndose inclinado á la mano izquierda, á mas de doscientas leguas, les salieron á recibir muchos indios, de los que tuvieron noticia que mas adentro estaba poblada la tierra de gente vestida, y que tenian casas de muchos altos, y que habia otras naciones á las riberas de un caudaloso rio, y que habia vacas y otros animales. Esta noticia dió uno de los religiosos, llamado Fr. Juan de Olmeda, al P. Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, quien con el mismo le remitió la noticia al V. P. Fr. Márcos de Niza, comisario general, quien era de tanto espíritu, que á pié y descalzo

se puso en camino para la jornada, llevando consigo á dicho P. Olmeda; y habiendo reconocido las provincias de Marata, Acux y Tonteaca, y teniendo noticia de la provincia de Tzibola, tuvo por conveniente volverse á México, y dió por extenso noticia al virrey.

2. Quien teniéndola por cierta y pareciéndole que podria ganar otra Nueva-España, determinó ir en persona á la jornada. El marques del Valle le representó ser capitán de las costas del mar del Sur, hácia donde caian aquellas tierras, por lo que le tocaba su conquista, y sobre ello tuvieron sus debates, y le obligó al marques del Valle á pasar á España. Determinó el virey lograr la ocasion de la mucha gente noble que habia en México, que como corcho sobre el agua reposado, se andaba sin tener qué hacer ni en qué ocuparse, todos atenidos á que el virey les hiciese algunas mercedes, y á que los vecinos de México les sustentasen á sus mesas; y así, le fué fácil aprestar mas de trescientos hombres, los mas de á caballo, porque ya se criaban muchos; dióles á treinta pesos y prometióles repartimientos en la tierra que se poblase, y mas cuando se afirmaba haber un cerro de plata y otras minas, y por el buen nombre que en la ocasion tenia Francisco Vazquez Coronado, gobernador del reino

de la Nueva Galicia le confirió comision para la jornada.

3. Remitióle las instrucciones necesarias, y habiendo llegado la comitiva á Compostela hizo el gobernador reseña de la gente y halló doscientos y sesenta hombres de á caballo con lanzas, espadas y otras armas manuales, y algunos con cotas, celadas y barbotes, unas de hierro y otras de cuero de vaca crudo, y los caballos con faldones de manta de la tierra; sesenta infantes, ballesteros y arcabuceros, y otros con espadas y rodelas: dividió la gente en ocho compañías; nombró por maese de campo á Lopez de Samaniego; á D. Pedro de Tovar por alferez mayor del campo, y por capitanes á D. Diego de Guevara, D. Rodrigo Maldonado, Juan de Zaldívar, D. Diego Lopez de Cárdenas, veinticuatro de Sevilla, Pablo de Melgosa, Melchor Diaz y Diego de Barrionuevo. Repartida, pues, la gente de esta suerte, con mas de mil caballos sin acémilas, y otros de carga con seis pedreros, pólvora y municion, y mas de mil indios amigos é indias de servicio, vaqueros y pastores de ganado mayor y menor. El día 1º de Febrero del año de 1540, marcharon para Centizpac, llevando en su compañía á los padres Fr. Márcos de Niza, Fr. Juan de Padilla, Fr. Juan de la Cruz, Fr. Luis de Ubeda, y dejó nombrado por teniente de gobernador del reino de la Nueva-Galicia, á Cristóbal de Oñate.

4. Llegaron al rio de Centizpac, y aquí se detuvieron tres ó cuatro días, porque fué necesario pasar los carneros uno á uno: despues llegaron al pueblo de Chametla, donde vimos que D. Nuño de Guzman habia poblado la villa del Espíritu Santo, que dentro de poco se despobló por haber desertado sus pobladores por irse al Perú, y por la peste que padecieron los indios, y asaltos de los de la sierra. Hallaron la tier-

ra alzada, de suerte que fué preciso entrar á la sierra en busca de maiz, y por cabo el maese de campo, Lopez de Samaniego: internáronse en la espesura de un monte, en donde un soldado que inadvertidamente se apartó, fué aprehendido por los indios, dió voces, á las que, como vigilante, acudió el maese de campo, y libró del peligro al soldado, y pareciéndole estar seguro, alzó la vista á tiempo que de entre unos matorrales se le disparó una flecha, que entrándole por un ojo, le atravesó el cerebro. No me detengo en ponderar el sentimiento que hizo todo el campo, por ser dicho Samaniego uno de los mas esforzados capitanes y amado de todos; enterróse en una ramada, de donde despues sus huesos fueron trasladados á Compostela.

5. Távoase por mal agüero lo acaecido con Samaniego, y se cogieron algunos indios alzados de aquel pueblo, de los que se ahorcaron algunos, que quedaron colgados de varios árboles: pasaron á la villa de Culiacan, que como queda dicho, fundó D. Nuño de Guzman de gente noble, de la que fué recibido el general y su ejército, como que eran de su gobierno; detuviéronse un mes proveyéndose de harina y maiz, como que hasta el Valle de Corazones, que habia cien leguas, no tenían provision; y á las cinco jornadas llegaron á un pueblo que se decia de Sebastian de Evora, por haber sido encomienda de un portugues de este nombre, quien lo dejó por lo retirado y no poder mantener guarnicion. En este pueblo, aunque no en esta ocasion, sino despues, ejecutó una grande crueldad un vecino de Culiacan, que se tenia por hidalgo y por hombre de sus manos; y fué que, habiendo en los contornos de Culiacan experimentádose algunos asaltos, hubo indios que dijese que los de aquel pueblo los causaban; diósele comision al dicho vecino (in-

digno de expresar su nombre), y con algunos soldados pasó á dicho pueblo, y media legua ántes hizo alto, y mandó llamar al cacique que tenia el mismo nombre de su encomendero, Sebastian de Evora, quien con ciento cincuenta indios sin armas, ocurrió á su llamado, y los indios que le habian calumniado, dijeron: que el venir sin armas era por asegurar mas á los pocos soldados é indios auxiliares de Culiacan, para matarlos á su salvo, dentro de su pueblo, en donde estaban otros muchos prevenidos de armas; y como eran pocos los soldados aun para los ciento y cincuenta, si estuviesen armados, temió el comisionado perder la ocasion; y así, luego que llegaron, les echaron cerca, y dió órden de que los alanceasen, lo que en breve se ejecutó, quedando solo vivo el cacique Sebastian de Evora, á quien el comisario apercibió, de que si no se enmendaba, le quitarian la vida, pues ya estaba averiguada su traicion; á cuyo apercibimiento intrépidamente respondió: «que para qué le dejaban la vida habiéndole muerto tan sin defensa y sin culpa á sus mejores soldados?» Con lo que, enfurecido el comisario, mandó quitarle la vida y luego cayó en el pueblo, y con hallar en él á las mujeres y niños, y sus bienes (que es lo primero que trasportan cuando quieren cometer alguna maldad), conoció haber sido falsa la calumnia; y como ya despues se ha experimentado, los indios, por lo comun son enemigos unos de otros, y procuran, por cuantos medios escogitan, tomar venganza, como la tomaron en esta ocasion, los de Culiacan, de los de este pueblo.

6. Pasó el ejército y se fué internando á la mano siniestra, hasta el Valle de los Corazones, y á diez ó doce leguas delante está la provincia de Sonora, en donde se recogió poco bastimento; pasóse un portezuelo, que se le puso por nombre Chichil-

ticali (que quiere decir casa colorada, por una que estaba en él embarrada con tierra colorada, que llaman almagre); aquí se hallaron pinos con grandes piñas de piñones muy buenos; y mas adelante, en la cima de unas peñas, se hallaron cabezas de carneros de grandes cuernos, y algunos dijeron haber visto tres ó cuatro carneros de aquellos, y que eran muy ligeros (de estos animales se han visto en el Catay, que es la Tartaria). Llegaron á Tzibola, que era un pueblo dividido en dos barrios, que estaban cercados de manera que hacian al pueblo redondo, y las casas unidas de tres y cuatro altos, cuyas puertas caian á un grande patio ó plaza, dejando en el muro una ó dos puertas para entrar y salir; en medio de la plaza habia una portañuela ó escotillon por donde se bajaba á una subterránea sala, cuya techumbre era de grandes vigas de pino, y en el suelo un pequeño fogon, y las paredes encaladas; allí se estaban los indios dias y noches jugando, y las mujeres les llevaban de comer, y esta era la vida de los indios de los pueblos comarcanos.

7. Antes de llegar el general, salieron mas de doscientos indios de guerra, y aunque se les requirió con la paz, hacian rayas en el suelo para que no pasasen de ellas, y al intentarlo los nuestros, despidieron una rociada de flechas, con lo que se les acometió, y quedando en el campo muertos mas de veinte, se encastillaron en sus barrios, y luego aquella noche se pusieron en fuga; el día siguiente se posesionaron los nuestros de la casería, en la que hallaron suficiente maiz, frijol, calabazas, para mantenerse el invierno, el que es casi como el de España; llueve poco, nieva todos los años el mismo tiempo que en España; no vieron frutas y sí muchas gallinas de la tierra; las matas de maiz son bajas, y dan mazorcas crecidas y el grano grueso, y no se pica ni

padre, por lo que hay trojes de tres y mas años.

8. Habiéndose el general y su gente aposentado en los dichos barrios, procuró enterarse de toda la comarca; descubrió otros seis pueblos semejantes, que son los que debieron de dar cuerpo á la vulgaridad de las siete ciudades: averiguó que á ocho soles de allí (así llamaban los indios á los dias), estaba una provincia grande de mucha gente y bastimento, que se llamaba Tigues, y que mas adelante habia unos llanos poblados de vacas; con esta noticia despachó á Sonora y provincia de los Corazones, á llamar al resto del ejército que habia invernado en ella, y se habian mantenido bien de

maiz y frijol, y tunas blancas muy olorosas; y dió orden para que el cacique Melchor Diaz quedase con sesenta hombres á poblar una villa, y que con la mitad saliese á descubrir los puertos del mar del Sur, y escribió el general dando cuenta al virey de su jornada: tambien dió providencia para que el capitan D. García Lopez de Cárdenas fuese con treinta hombres á descubrir la tierra por la parte de abajo de Tzibola; y porque nos llama la atención lo acaecido en este año de 540, en el reino de la Galicia, dejáremos á su gobernador Francisco Vazquez Coronado y á sus capitanes, descubriendo tierras, y darémos razon de otros acontecimientos.

CAPITULO XXIII.

Muévese en alzamiento todo el reino de la Galicia; empeñólanse los indios en la fortaleza del Mixton, y bajando, desbarataron á los nuestros, llevándose vivos á Francisco de la Mota y otros, y piden de Guadalajara socorro á México.

1. Gobernando Cristóbal de Oñate el reino de la Galicia, por ausencia de Francisco Vazquez Coronado, tuvo noticia que los indios de la provincia de Tecojines (que son los de Ostotipac), andaban malos, y asaltaban á los indios de servicio que ocurrían á Compostela, y que no habia otro remedio que mudar la ciudad de Tepic (en donde estaba), al Valle de Cactlan (donde ahora está), que era el riñon ó centro de los Tecojines, para sujetarlos; así lo hizo, y procuró ilustrarla, con lo que parece se aquiataron; y habiendo pasado á Guadalajara, oyó que los indios cascanes, los de Nochiztlan, Teul y Teocualtiche, no querian asistir á la doctrina ni servir á sus encomenderos, y cuidadoso procuraba repararlos, como lo hizo en Compostela, y al mismo tiempo recibió cartas de Juan Villalva, á quien habia dejado de justicia mayor de dicha ciudad de Compostela, en que le daba noticia de cómo los indios de Guainamota habian muerto á Juan de Arce, su encomendero y vecino de aquella ciudad: el caso fué, que en los pueblos de su encomienda, tenia Juan de Arce su casa, y para su defensa unos lebreles, y queriéndole matar los indios, de parte de noche, los perros no les dejaban llegar, y cautelosamente se le retiraron, de suerte que de nada le servian; llamó á los caciques y les reconvinó, y ellos

dieron por respuesta, que de miedo de los perros no llegaban, y que si no los mataba, no irian: oyendo esto Juan de Arce, no advirtiendo que los podia amarrar, le pareció satisfacer á los indios, en cuya presencia los mandó ahorcar por quitarles el temor, para que le sirviesen y le llevasen el sustento; y luego aquella noche cayeron en su casa, le mataron, y asado se le comieron, y luego se alzaron.

2. Al mismo tiempo, en el pueblo de Tlaxicolzingo * (de que ya no hay memoria), tuvieron los indios un baile, en el que de una mano á otra, mantenian en el aire un calabazo, y el demonio valiéndose de la ocasion, con un huracan ó remolino, lo desapareció, y confusos, lo atribuyeron á misterio, que una india vieja les explicó, diciendo: «que si cogian las armas contra los españoles, así como el viento les quitó de la vista el calabazo, del mismo modo se llevaria á los españoles con gran polvareda.» Abuso fué este que conmovió á todos los indios de la Galicia, de suerte que llegó hasta Culiacan, y en toda la tierra se vieron los españoles en gran conflicto.

3. Determinó Oñate destacar un trozo de veinticinco hombres, los mas esforzados, para que con trescientos indios de Tonalá y Tlaxomulco pasasen á visitar los pueblos

* Los manuscritos Tlaxicoringa.